

\fnd.##FWY]cbYg(g\UFYX^Vta

NORBERT ELIAS Y ERIC DUNNING

DEPORTE Y OCIO

EN EL PROCESO
DE LA CIVILIZACIÓN

X. EL DEPORTE COMO COTO MASCULINO: NOTAS SOBRE LAS FUENTES SOCIALES DE LA IDENTIDAD MASCULINA Y SUS TRANSFORMACIONES

Eric Dunning

INTRODUCCIÓN

POCOS SOCIOLOGOS negarían que los cambios que están ocurriendo en las relaciones entre los sexos son uno de los temas sociales más importantes de nuestro tiempo, si bien la mayor parte de ellos los consideraría probablemente de menor importancia que, por nombrar algunos otros problemas, la pobreza, la desnutrición, el desempleo y el conflicto racial¹. No obstante, con la única excepción de la amenaza de guerra nuclear, que tiene implicaciones universales y que, con absoluta probabilidad, haría sentir sus consecuencias en todo el mundo, en un aspecto son las relaciones entre los sexos *más* fundamentales que estas otras cuestiones. Y ello es así porque, aun cuando son principalmente las mujeres de clase media de los países más industrializados las que han comenzado a tomar conciencia del dominio masculino o patriarcado como problema social, y han empezado a combatirlo, hay una dimensión sexo/género presente en todas las demás cuestiones sociales fundamentales, como en las de clase y raza. Sin embargo, pese a la universalidad e importancia social de la diferenciación de género, y pese a la naturaleza cada vez más problemática de las relaciones entre los sexos en las sociedades industrializadas —algo particularmente manifiesto en la ruptura y/o transformación que actualmente sufren las formas tradicionales del matrimonio y la familia—, no puede decirse aún que se haya teorizado adecuadamente sobre tales temas desde el punto de vista de la sociología². Y tampoco, como parte del nexo global relevante en este contexto, se ha prestado mu-

¹ Una versión anterior de este trabajo fue presentada en la Cuarta Conferencia Anual de la Sociedad Norteamericana para la Sociología del Deporte [North American Society for the Sociology of Sport], celebrada en St. Louis, Missouri, en octubre de 1983. Quiero expresar mi agradecimiento a mis colaboradores Clive Ashworth, Pat Murphy, Tim Newburn, Ivan Waddington y John Williams, cuyos comentarios críticos me han resultado de enorme utilidad.

² Los escritores feministas han realizado, naturalmente, avances importantes en este sentido pero, debido a la fuerza de su compromiso ideológico, gran parte de lo que han escrito *parece* cuando menos, incluso a muchos que simpatizan con su causa, faltar de adecuación al objeto.

cha atención al deporte, tradicionalmente uno de los principales cotos masculinos y por ende de importancia potencial para el funcionamiento de las estructuras patriarcales. No es difícil hallar las razones posibles que expliquen este doble fracaso de la imaginación sociológica.

En los últimos años, a consecuencia principalmente del desafío feminista, se ha visto cada vez con más claridad que la sociología surgió como un campo atravesado por ideas patriarcales. Comte, por ejemplo, consideraba a las mujeres «intelectualmente inferiores» a los hombres y creía que la familia había de basarse en el dominio del marido³. Supuestos afines se hallan en la obra de Durkheim⁴ y continúan permeando contribuciones más recientes a este tema, La sociología del deporte es una de las áreas menos desarrolladas de la sociología⁵ pero, tomando en cuenta el patriarcado implícito en la disciplina en general, no es de extrañar que hipótesis indicadoras de un dominio masculino incuestionado se hayan incluido generosamente en los trabajos realizados en este campo hasta ahora. Una consecuencia de este dominio es que la naturaleza patriarcal del deporte moderno y el papel que éste pueda representar en el mantenimiento de la hegemonía masculina sólo han sido cuestionados por un puñado de escritores feministas. No obstante, la mayoría de ellos ha tendido a centrarse en cuestiones como la discriminación contra las mujeres en el deporte⁶ y, si bien sus trabajos han coadyuvado a crear las condiciones para una posible teorización, ninguno ha intentado aún una teorización sistemática de las formas de dominación existentes en y a través del deporte o de las transformaciones ocurridas en ese aspecto. Quiero, con este trabajo, *iniciar* la marcha en esa dirección.

Para ser más exacto, utilizando los datos de que dispongo con respecto a Gran Bretaña, voy a analizar el deporte como un coto reservado a los varones y el papel que desempeña, en relación con otras fuentes, en la producción y reproducción de la identidad masculina. Antes sin embargo de entrar en sus aspectos más concretos, daré a conocer algunas de las principales hipótesis sociológicas sobre las que se basan mis argumentos esenciales.

³ Véase *The Positive Philosophy of Auguste Comte*, traducida y abreviada por Harriet Martineau, Londres, 1853, págs. 134 y ss. Para ser justos con el filósofo, aunque afirmaba que «constitucionalmente» las mujeres se encuentran «en un estado de infancia perpetua» y no son «aptas para la continuidad e intensidad indispensables en el trabajo mental, sea por la debilidad intrínseca de su inteligencia o por su sensibilidad moral y física más despierta», también las vio «espiritualmente» superiores a los hombres y por ende más importantes que ellos desde el punto de vista social.

⁴ Véase, por ejemplo, la discusión contenida en *Suicide*, Londres, 1952, págs. 384-386.

⁵ Para un análisis de esta cuestión véase Eric Dunning, «Notes on Some Recent Contributions to the Sociology of Sport», *Theory, Culture and Society*, vol. 2, núm. 1, 1983, págs. 135-142.

⁶ Con la excepción de Boutilier y San Giovanni en su *The Sporting Woman*, Champaign, Illinois, 1983; y de Jennifer Hargreaves, «Action Replay: Looking at Woman in Sport», en Joy Holland (comp.), *Feminist Action*, Londres, 1984, págs. 125-146.

EL EQUILIBRIO DE PODER ENTRE LOS SEXOS: ALGUNAS HIPÓTESIS SOCIOLOGICAS

El primer punto a señalar es que, al igual que ocurre con el resto de las interdependencias sociales, el mejor modo de conceptualizar la interdependencia de hombres y mujeres, al menos en primera instancia, es partir del equilibrio o reparto del poder entre las partes implicadas. Éste constituye una «estructura profunda» dentro de la cual se generan y mantienen las ideologías y los valores que gobiernan las relaciones entre los sexos. Ahora bien, aunque tales ideologías y valores constituyen un ingrediente activo en el equilibrio de poder entre los sexos —en el sentido, por ejemplo, de que pueden impulsar a hombres y mujeres a luchar por lo que creen que son sus intereses—, sucede que las transformaciones en las relaciones entre los sexos y en las ideologías y los valores que las gobiernan dependen a menudo de otros cambios ocurridos con anterioridad en ese subyacente equilibrio de poder y que no son intencionados ni responden a ideologías y valores específicamente definidos. El segundo punto es que la balanza de poder entre los sexos tenderá a inclinarse a favor de los hombres en tanto la violencia y la lucha sean males endémicos de la vida social. Así sucede, naturalmente, en las sociedades guerreras, pero también esto tiende a ser válido para las sociedades industrializadas en las que el poder de la élite militar es alto en relación con el de la población civil y para los sectores de la estructura social en que las condiciones sociales conducen a la producción y reproducción de bandas proclives a pelear. La balanza de poder entre los sexos se inclinará igualmente a favor de los hombres en la medida en que ellos tengan mayores oportunidades que las mujeres para emprender acciones unificadas y monopolicen el acceso y el control de las esferas institucionales determinantes en la vida, sobre todo las de la economía y el Estado. A mayor abundamiento, cuanto más extensas sean las formas de supremacía masculina en una sociedad, mayor será la tendencia a que prevalezca una estricta segregación entre los sexos. Conclusión de estas teorías es que las posibilidades de dominio de los hombres tenderán a reducirse y aumentarán consiguientemente las de las mujeres a medida que se vuelvan más pacíficas las relaciones dentro de la sociedad o de una parte de ella, cuando las posibilidades por parte de las mujeres de actuar unitariamente se aproximen o rebasen a las de los hombres, y cuando empiece a derrumbarse la segregación de los sexos. Un corolario más es que los valores machistas tenderán a desempeñar un papel más importante en la identidad masculina bajo condiciones sociales en las que la lucha sea moneda corriente y la balanza de poder se incline en favor de los hombres. Consecuentemente, las tendencias machistas de éstos sufrirán lo que podríamos denominar un giro «civi-

lizador» en la medida en que las relaciones sociales se pacifiquen, las oportunidades de poder para las mujeres aumenten y la segregación sexual disminuya.

En el fondo de estas ideas subyacen dos hechos innegables; el primero, aunque con algunas excepciones en ambos sexos: los hombres son en general más grandes y fuertes que las mujeres y, por ende, mejores que ellas para luchar; y el segundo: el embarazo y la crianza de los niños tienden a incapacitar a las mujeres, entre otras cosas, para todo lo relativo a la lucha. Naturalmente, la moderna tecnología armamentista puede llegar a equiparar y quizás eliminar por completo las ventajas innatas en los hombres para pelear. Del mismo modo, las técnicas actuales de control de la natalidad han reducido el número de embarazos y con ello el tiempo invertido por las mujeres en gestar y criar a sus hijos. En otras palabras, las posibilidades de dominación por parte de los hombres debidas a su fuerza y capacidad para luchar varían en sentido contrario al del desarrollo tecnológico —es decir, son mayores cuando el desarrollo tecnológico es débil y viceversa—. No obstante, parece razonable suponer que la influencia más importante de todas sea, probablemente, el nivel de formación del Estado, o para ser exactos, el grado en que el Estado es capaz de mantener el monopolio sobre el uso de la fuerza física.

Este modo de enfocar los problemas de la dominación e identidad masculinas deriva de la obra de Norbert Elias⁷. Se trata de una visión bastante diferente de la de los marxistas, que en gran parte atribuyen el complejo machista a las exigencias y restricciones que impone el trabajo manual⁸. Para precisar más: aunque puede que tales restricciones contribuyan a sustentar las formas más extremas de la identidad machista, premiando por ejemplo la fuerza física, es difícil entender cómo *por sí solas* podrían haber generado una ética en que la rudeza y la habilidad para pelear son fundamentales y que celebra la lucha como una de las principales fuentes de sentido y gratificación en la vida. Efectivamente, es discutible que un enfoque como éste pueda ilustrar las ideas patriarcales implícitas en tantas teorías sociológicas como se han elaborado hasta el momento. Así sucede cuando se cree que la producción y reproducción de la vida material radican primordialmente en la economía y cuando la importancia de la familia y las relaciones entre los sexos se relegan, al menos de forma implícita, a un plano secundario.

Hemos llegado a un punto en el que es posible analizar algunas relaciones entre el deporte y la actitud patriarcal. Para ilustrar tales relaciones expondre-

⁷ Véase, sobre todo, *What is Sociology?*, Londres, 1978; *El proceso de la civilización*, Madrid, 1988; *State Formation and Civilization*, Oxford, 1982, y *La sociedad cortesana*, Madrid, 1982.

⁸ Véase, por ejemplo, el argumento presentado por Paul Willis en *Learning to Labour*, Londres, 1977.

mos, muy brevemente, tres estudios de caso, que son: el desarrollo de los modernos «deportes de combate»; el nacimiento y posterior (relativa) declinación de la subcultura machista que estuvo tradicionalmente asociada con el rugby; y el fenómeno de la violencia en el fútbol por parte de los hinchas tal como existe actualmente en Gran Bretaña.

ALGUNOS ASPECTOS DEL DESARROLLO DE LOS MODERNOS «DEPORTES DE COMBATE»

Todos los deportes son inherentemente competitivos y tendentes, por tanto, a despertar la agresión. En determinadas condiciones, esta agresión puede desbordarse en formas francamente violentas que son contrarias a las reglas. En ciertos deportes sin embargo —como el rugby, el fútbol, el hockey y el boxeo, por ejemplo—, la violencia entendida como un «combate en juego» o una «batalla fingida» entre dos personas o grupos constituye un ingrediente central y legal. En la sociedad contemporánea, estas clases de deporte son enclaves en los que se permite la expresión socialmente aceptable, ritualizada y más o menos controlada de la violencia física. Sólo de los «deportes de combate» como éstos, más exactamente de los que implican un combate a modo de juego entre dos equipos, habré de ocuparme en el presente ensayo.

Las raíces de los modernos deportes de combate como el fútbol, el rugby y el hockey pueden rastrearse de forma directa hasta una serie de juegos populares y variables de un lugar a otro durante la Edad Media y los principios de la Edad Moderna, juegos conocidos con nombres diversos como «fútbol», «hurling», «knappan» y «camp ball»⁹, que se jugaban conforme a reglas no escritas en las calles de las ciudades y en el campo abierto. No había agentes «externos» de control como árbitros o jueces de línea, y a veces en ellos tomaban parte hasta mil personas por cada bando. Pese a las diferencias entre aquellos juegos, una de las características principales de todos ellos en relación con los deportes modernos era su elevado nivel de violencia visible. Los jugadores expresaban sus emociones con bastante libertad y sólo practicaban un autocontrol bastante relajado. De hecho, tales juegos eran una especie de lucha ritualizada en la que los grupos podían medir su fuerza contra la de los rivales de la localidad generando al mismo tiempo, de forma relativamente agradable, una emoción afín a

⁹ Este análisis se basa en el de Eric Dunning y Kenneth Sheard en *Barbarians, Gentlemen and Players*, Oxford, 1979.

la que se experimenta en una batalla. Este tipo de juegos, como es obvio, correspondía a la estructura de una sociedad donde el nivel de formación del Estado y, en un marco más general, el nivel de desarrollo de la sociedad eran relativamente bajos, donde la violencia se manifestaba como una característica de la vida cotidiana más regular y patente que hoy, y donde la balanza de poder entre los sexos se inclinaba mucho más del lado de los hombres. En resumen, estos juegos populares eran la expresión de una forma bastante pronunciada de patriarcado y, por consiguiente, expresaban los valores machistas casi sin cortapisas.

Los primeros avances significativos hacia la «modernización» de tales juegos tuvieron lugar en las escuelas privadas durante el siglo XIX¹⁰. Fue en ellas donde los jugadores comenzaron a estar sujetos a la restricción de normas escritas, muchas de las cuales tenían que ver expresamente con la eliminación o el control de las formas de violencia más extremas. En otras palabras, la incipiente modernización del fútbol y juegos afines incluyó una serie de cambios que los hizo más «civilizados» de lo que habían sido sus antecedentes. El comparativo es importante: significa no que estos juegos se volviesen «civilizados» en un sentido absoluto sino sólo más civilizados, pues continuaron reflejando las ideas patriarcales características de toda sociedad que aún se encuentra en una etapa relativamente temprana de su nacimiento como nación-Estado urbana e industrial. Esto queda de manifiesto en el hecho de que se justificó ideológicamente la necesidad de tales juegos aduciendo que servían en parte como entrenamiento para la guerra, en parte para educar a quienes serían los líderes militares y administrativos del Imperio británico en expansión y, en parte, como medios para inculcar y expresar la «hombría».

Una buena idea de las normas de hombría presentes en los juegos que se practicaban en las escuelas particulares de aquel entonces la proporciona la crónica escrita por «Un Antiguo Jugador de Rugby» —así firmaba la nota— en la revista de su colegio en 1860. En ella comparaba el juego de entonces con el rugby de sus días escolares, tan sólo unos dos o tres años atrás. El Antiguo Jugador escribió:

Tendrían que haber visto los *scrums** en el partido de Sexto Curso de hace dos años...A los tipos les importaba un bledo la pelota, salvo cuando les proporcionaba un pretexto aceptable para patear al contrario. ¡Recuerdo un *scrum*!... Ya

¹⁰ *Ibid.*

* *Scrum*: en rugby, la lucha entre los delanteros de ambos equipos cuando la pelota está sobre el terreno en medio de ellos. [T.]

llevábamos cinco minutos tirándonos puntapiés y como si nada; de hecho los muchachos apenas habían comenzado a entrar en calor cuando un espectador... nos informó de que la pelota nos ofrecía nuestra oportunidad en lo alto de la isla... Y entonces, allí estaba Hookey Walker, el pateador más importante del grupo de sexto. ¡Caray! ¡Nada más ingresar en la escuela... incapacitó a diez compañeros para la temporada y envió a casa a otra media docena para lo que quedaba... Sólo verlo salir de un *scrum* bastaba para que las señoras chillaran y se desmayaran ¡Válgame Dios, hombre! Ahora lo que más gusta es presenciar un *scrum* —para mayor vergüenza nuestra—. Y entonces no había nada de ese jugar esquivando bajo cuerda la pelota que se practica ahora; nada de pasarla de largo de uno a otro; todo el juego era viril y directo. ¡Si dejar ir el balón una vez que ya estabas en un *scrum* era considerado una transgresión de las reglas tan flagrante como recogerlo estando fuera de tu campo! Tampoco se veía entonces que ningún jugador escurriera el bulto tratando de zafarse de los *scrums* como se ve todo el tiempo hoy en día. Lo consideraban a uno indigno si no estaba cubierto de pies a cabeza con la madre tierra a los diez minutos de comenzado el partido... Hoy en cambio, ¡maldita sea!, ni siquiera se nos da la oportunidad de presenciar una caída como es debido. Y no es de extrañar, viendo a esos jovencitos *dandies* caminar como si nada, atravesando el terreno de juego con afectación y como si sus delicados huesos fuesen a quebrarse al más mínimo contacto violento con la pelota. ¡Que los cuelguen!... Si dentro de poco los veremos jugar con sus zapatos de domingo y con guantes de color lila... Mi regla a seguir es: pégale fuerte al balón cuando lo veas cerca y, si no lo está, pues pégale al jugador que tengas al lado¹¹.

Este relato nos da una buena idea de la norma de «hombría» que regía en el rugby en aquella etapa. Asimismo, proporciona fundamento para concluir que el juego estaba cambiando en un sentido «civilizador». De ahí que el Antiguo Jugador de Rugby recomendara el regreso a las glorias de sus días de colegio, cuando —afirmaba— dar puntapiés en las canillas al contrario era considerado más importante. Al mismo tiempo, deploraba la introducción del «pase», ya que en su opinión, estaba «afeminando» el juego. La norma anterior descrita por él recuerda el boxeo y la lucha libre de la antigua Grecia, que, como Elías ha mostrado, se basaban en una ética guerrera que decretaba una cobardía esquivar o retroceder ante los golpes del contrario¹². Puesto que el Viejo Jugador consideraba «bajo» e «indigno de un hombre» fingir un ataque o pasar el balón a un compañero de equipo para evitar un puntapié, parece que al principio el rugby se basaba en una ética similar. En esa etapa la pelota era relativamente poco importante para el juego. Los choques consistían en tirar patadas indiscriminadamente, y, en los partidos, lo que los «hombres» tenían que

¹¹ Anónimo, *The New Rugbyman*, vol. III, 1860; citado en C. R. Evers, *Rugby*, Londres, 1939, pág. 52.

¹² Norbert Elías, «The Genesis of Sport as a Sociological Problem», en E. Dunning (comp.), *The Sociology of Sport: a Selection of Readings*, Londres, 1971. Véase también el capítulo III del presente volumen.

hacer era resistir al contrario y enfrascarse en un lucha directa a puntapiés. De ahí se seguía que la fuerza y el valor como «pateador» fuesen los principales criterios para ganarse una reputación de «hombria» en el juego.

Igualmente, el relato del Antiguo Jugador de Rugby proporciona una pista sobre el ideal de los hombres de clase media y clase media alta acerca de la identidad femenina en aquellos años. Así, mientras el ideal masculino es pintado como jactancioso y físicamente rudo, la mujer ideal —a los ojos de los hombres— es retratada como timorata, débil y dependiente. Esto se correspondía con la imagen de los papeles masculino y femenino encarnados en la familia patriarcal, que entonces estaba convirtiéndose en la norma entre las clases medias cada vez más numerosas. Es posible suponer que, contrariamente a la visión feminista hoy tan difundida, si es que no dominante, quizá este tipo de familia haya representado, en un aspecto al menos, un giro hacia la igualdad de oportunidades de poder entre los sexos. La causa: porque amarró en la familia a más hombres y con más fuerza de los que había habido hasta entonces, sometiendo así a la posibilidad de una influencia y un control mayores y más constantes por parte de las mujeres. También posiblemente contribuyera a la igualdad de oportunidades de dominio entre los sexos la transformación «civilizadora» global de la que hemos dado cuenta aquí a través del deporte. Ésta habría tenido ese efecto al imponer en los hombres todo un conjunto de restricciones internas y externas¹³ sobre la expresión de la agresividad, por ejemplo, mediante el código de «caballerosidad», restringiendo de este modo sus oportunidades de usar una de sus principales ventajas de dominio con respecto a las mujeres —su fuerza y superioridad física como luchadores—. Esto a su vez habría incrementado las oportunidades de las mujeres para actuar unitariamente *por sí solas*, por ejemplo organizando marchas y manifestaciones. Y este resultado lo habría obtenido al reducir la probabilidad de que tales manifestaciones de la naciente unidad y poder femeninos recibiesen una respuesta violenta de los hombres, de sus maridos y padres en el contexto doméstico y de la policía y la opinión pública en general en el contexto de las manifestaciones callejeras. Para ser más precisos: si se hubiese podido esperar una respuesta no violenta de los hombres a tales acciones políticas de las mujeres, los temores de éstas se habrían reducido y aumentado paralelamente su confianza para continuar luchando por lo que ellas consideraban sus derechos. En resumen, parece razonable suponer

¹³ Desde el punto de vista de Elias es erróneo, hablando en sentido estricto, establecer la dicotomía restricciones «internas» y «externas». Él utiliza los términos *Selbstzwänge* (autorrestricciones) y *Fremdzwänge* («otras» restricciones, literalmente «ajenas», «extrañas»), y centra sus análisis en el cambiante equilibrio entre ellas a lo largo del tiempo.

que el cambio en el reparto de poder entre hombres y mujeres que se expresó públicamente por vez primera en el movimiento de las sufragistas pudo, al menos en parte, haber sido un componente esencial del desarrollo civilizador que acompañó el surgimiento de Gran Bretaña como nación-Estado urbano-industrial.

De la discusión presentada hasta ahora se deduce que, pese a continuar revestido de valores patriarcales y afianzado por estructuras predominantemente patriarcales, el deporte moderno nació como parte de una transformación «civilizadora», uno de cuyos aspectos fue un giro, aunque leve, nivelador en la balanza de poder entre los sexos. Sin embargo, esto tuvo como consecuencia contribuir al desarrollo, en ciertas esferas, de expresiones simbólicas de machismo. Un ejemplo es el modelo de ruptura de tabúes socialmente permitido, el cual, en Gran Bretaña al menos, acabó asociado principalmente, aunque no exclusivamente, con el juego del rugby¹⁴. De algunos de los aspectos más destacados de este desarrollo paso a ocuparme en seguida.

ASCENSO Y CAÍDA DE UNA SUBCULTURA MACHISTA EN EL RUGBY

Las tradiciones contenidas en la subcultura machista del rugby cobran vida tras el partido en el bar del club o, cuando el equipo ha jugado en otras ciudades, en el autobús que lleva a los jugadores de vuelta a casa. Entre sus ingredientes centrales se cuenta el *striptease* masculino, una burla ritual de las mujeres que se desnudan. Tradicionalmente, la señal que marca el inicio de este ritual es una canción titulada «El Guerrero Zulú». También las ceremonias iniciáticas son parte acostumbrada de la subcultura machista. Durante las ceremonias se desnuda al iniciado —recurriendo a menudo al empleo de la fuerza— y se profana su cuerpo, en particular sus genitales, quizá con cera para el calzado o con vaselina. La ingestión excesiva de cerveza, acompañada casi siempre de rituales y carreras que aumentan el consumo y la velocidad con que se emborrachan los participantes, también acabó firmemente arraigada en la tradición de los clubes de rugby. Una vez ebrios, los jugadores entonan canciones obscenas y, si están presentes las esposas o novias de algunos de ellos, cantan «Buenas Noches, Señoras» como señal de que abandonen el recinto. A partir de ese momento, todo

¹⁴ Véase Kenneth Sheard y Eric Dunning, «The Rugby Football Club as a Type of Male Preserve: Some Sociological Notes», en *International Review of Sport Sociology*, 5 (3), 1973, págs. 5-24.

lo que suceda será exclusivamente para los hombres, y las mujeres que hayan optado por quedarse son vistas como unas degradadas.

Las canciones obscenas a que nos hemos referido tienen al menos dos temas recurrentes: por un parte, la burla de las mujeres y por la otra, de los homosexuales. A primera vista puede parecer que no exista relación alguna entre ellos, pero es razonable suponer que ambos temas reflejen el poder cada vez mayor de las mujeres y la amenaza también creciente que ellas representan para la autoimagen tradicional de los hombres. El rugby comenzó a convertirse en un juego de adultos a mediados del siglo XIX. Al principio era exclusivo de las clases media y media alta, un hecho que puede ser importante dado que la mayoría de las sufragistas pertenecían a esos mismos estratos sociales. En otras palabras, no es descabellado suponer que las mujeres de esos niveles de la sociedad estuvieran convirtiéndose entonces cada vez más en una amenaza para los hombres y que algunos de éstos respondieran a ese desafío convirtiendo el rugby —que no era, naturalmente, el único enclave en que tal cosa ocurría— en un coto privado masculino en el que poder reforzar su masculinidad amenazada y, al mismo tiempo, escarnecer, vilipendiar y cosificar a las mujeres, principal fuente de esa amenaza. Un breve análisis del contenido de un par de canciones típicas del rugby ilustrará lo que acabamos de decir.

Un aspecto básico y recurrente en estas canciones es que denotan una actitud hostil, brutal pero al mismo tiempo temerosa de los hombres hacia las mujeres y el acto sexual. En la balada «Eskimo Nell» por ejemplo, ni siquiera el mujeriego «Dead Eye Dick» es capaz de satisfacer sexualmente a Nell*. Esta misión se deja en manos de su fiel sirviente «Mexican Pete», que realiza la tarea con su *sex-shooter***.

En «El Himno del Ingeniero», el personaje central, un ingeniero cuya esposa «nunca estaba satisfecha», hubo de construir una máquina que cumpliera la parte erótica de su papel marital. La máquina logró lo que él no había conseguido, pero en el proceso la esposa resultó brutalmente muerta. Pocas veces, si es que alguna, son retratados hombres o mujeres «normales» en estas canciones. Hacen falta poderes sobrehumanos o extrahumanos para que el «héroe» pueda satisfacer el voraz apetito sexual de la «heroína». Nada más revelador que esto de la función que tales canciones cumplen al expresar

* La connotación no puede ser más clara. Como dice el título de la canción, Nell es esquimal, o sea muy fría, mientras que «Dick», por una parte nombre de varón muy común en inglés (alteración popular de Rick, o sea de Richard), es por la otra un término vulgar para llamar al miembro masculino. La alusión aparece reforzada además por *dead-eye* que es, en náutica, el bloque de madera con forma circular y tres agujeros por los que se introduce un cabo o cuerda, utilizado para tensar las jarcias de los buques. [T.]

** Pistola del seis en sentido figurado, y eufemismo burlón por *sex-shooter*, literalmente «disparador de sexo».

[T.]

simbólicamente, pero quizá también reduciendo en cierto modo simbólicamente el miedo a las mujeres, para ellos tan poderosas y exigentes. Es probable que tales temores hayan aumentado proporcionalmente con respecto al poder de las mujeres.

El segundo tema recurrente en estas canciones obscenas es la burla de los hombres afeminados y homosexuales. El estribillo de una de ellas, tradicional en los círculos del rugby dice, a la letra:

For we're all queers together,
Excuse us while we go upstairs.
Yes, we are all queers together,
That's why we go round in pairs*.

La función de este coro consiste, al parecer, en refutar la acusación antes de que ésta sea presentada, así como en subrayar y reforzar la masculinidad haciendo escarnio no sólo de las mujeres sino también de los homosexuales. En los últimos años, a medida que las mujeres han cobrado fuerza y poder para poner en jaque su real subordinación, si es que no su objetivación simbólica, con un leve pero incesante éxito, se han vuelto cada vez más normales unas pautas menos segregadas de relación entre los sexos. Ante tales circunstancias, los hombres que se aferraban al viejo estilo y continuaban disfrutando con su participación en grupos exclusivamente masculinos han de haber visto sombras de duda sobre su propia masculinidad. Algunos pueden incluso haber empezado a dudar de sí mismos. Y esta clase de dudas deben de haber sido doblemente amenazadoras en una situación social como la de los clubes de rugby, donde el objetivo principal a perseguir era la expresión de la masculinidad y la perpetuación de las normas tradicionales en este aspecto.

Los clubes de rugby de Gran Bretaña ya han dejado de ser los cotos privados netamente masculinos que eran antes. El debilitamiento de las estructuras e ideologías que otrora aglutinaron a los jugadores de rugby de forma compacta en grupos exclusivamente masculinos ha sido un proceso complicado pero —si la hipótesis presentada aquí tiene alguna validez—, así como la emancipación de las mujeres desempeñó un papel importante en su desarrollo, de igual manera la continuación de este proceso ha contribuido significativamente al debilitamiento posterior experimentado por tales estructuras e ideologías. Se ha llegado a una etapa en que las mujeres son visitantes frecuentes y, lo que es más

* [Pues todos somos maricones, / discúlpennos por retirarnos un rato arriba. / Sí, todos juntos maricones, / Por eso andamos en parejas.]

importante, son bien recibidas en los clubes de rugby. En parte fueron contingencias de tipo económico, más concretamente los bailes que se organizaron para recabar fondos, lo que dio inicio a este cambio. En cualquier caso, este hecho económico refleja cambios de mayor envergadura en la estructura social, sobre todo en la situación de las mujeres dentro de esa estructura.

Los bailes introdujeron a las mujeres en el coto masculino del rugby con el beneplácito oficial. Esto no quiere decir que antes su presencia estuviese totalmente prohibida. Al contrario, siempre han sido bien aceptadas —para hacer el té, preparar y servir comidas, admirar y animar a sus hombres—, pero, tradicionalmente, sólo se toleraba su presencia si se contentaban con ocupar un lugar secundario. En cambio ahora, las mujeres más emancipadas que han comenzado a entrar en los clubes, ya sea para asistir a los bailes, ya simplemente para beber con sus hombres, están cada vez menos dispuestas a aceptar esto. Tienden a valorar la independencia, a desear la igualdad y a ejercer el poder que la conveniencia que su papel de compañeras tiene para los hombres les da en relación con ellos. Muestran renuencia a aceptar conductas que consideran intencionadamente agresivas o bien ellas mismas actúan obscenamente como señal de su emancipación.

Puesto que hablamos de una situación dentro de un enclave social en el que las mujeres son sólo acompañantes de los hombres y la actividad principal es masculina, el predominio de los varones continúa claramente establecido. Con todo, los cambios que acabamos de señalar indican el punto hasta el cual se ha empezado a poner en tela de juicio, y, en menor grado, se ha debilitado, el dominio masculino dentro de la sociedad británica. Al mismo tiempo, muestran naturalmente cuánto camino queda aún a las mujeres por recorrer antes de llegar a la igualdad plena con los hombres. Pues una de las razones por las que, en este caso, tienen que seguir a los hombres, es el hecho de que son pocas las actividades recreativas comparables que están al alcance de las mujeres. Mucho más que ellos, las mujeres siguen aún encerradas en papeles domésticos y familiares. La falta de instalaciones recreativas para ellas refleja este hecho. Como lo refleja igualmente el hecho de que aún es difícil que entren solas en los bares sin que ello conlleve una pérdida de categoría o sin atraerse la atención no deseada de los hombres. Esto, a su vez, obedece en gran parte a siglos de dominación masculina y a una estructura social global que, en términos generales, continúa reflejando y reforzando esa dominación. Refleja asimismo la existencia de pautas de socialización que preparan a las mujeres principalmente para desenvolverse en la esfera del hogar y en ocupaciones secundarias, y que limi-

tan sus horizontes no sólo en la esfera ocupacional sino también en la esfera del ocio.

Los cambios descritos que han tenido lugar en los clubes de rugby en Gran Bretaña parece razonable suponer que son sintomáticos de los cambios sociales asociados de manera más general al desarrollo del deporte moderno. La longitud de este ensayo no permite una discusión exhaustiva de las raíces sociales de tales cambios. Basta simplemente decir que éstos tuvieron que ver en parte con el nacimiento de Gran Bretaña como nación-Estado urbana e industrial y que este proceso incluyó, entre sus principales componentes interactivos, una nueva estructura social caracterizada por normas de conducta más «civilizadas» y por un mayor grado de igualdad entre los sexos. Hay, no obstante, una clara excepción en este planteamiento general: el fenómeno de la violencia desmesurada en el fútbol por parte de los hinchas, pues parece contradecir la hipótesis de que los cambios «civilizadores» han sido parte integrante del proceso de desarrollo de Gran Bretaña como nación-Estado urbana e industrial. A continuación presentaré un breve análisis de este fenómeno del fútbol antes de proponer algunas observaciones como conclusión¹⁵.

SOCIOGÉNESIS DE LA VIOLENCIA EN EL FÚTBOL POR PARTE DE LOS AFICIONADOS

Las características de esta clase de violencia más visibles de modo inmediato son las peleas y el despliegue de agresiones entre grupos rivales de aficionados. Las peleas adquieren formas diferentes y pueden presentarse en otros contextos fuera del estadio propiamente dicho. Puede tratarse, por ejemplo, de un combate cuerpo a cuerpo entre dos seguidores de equipos contrarios o entre dos grupos pequeños de ellos. Independientemente del nivel de lucha, a veces se utilizan armas blancas en estas confrontaciones, pero no de forma invariable. También pueden consistir estos combates en el lanzamiento de objetos que van desde los aparentemente inofensivos como cacahuetes y vasos de papel, hasta otros potencialmente más peligrosos como dardos, monedas, ladrillos, trozos de hormigón, cohetes pirotécnicos, bombas de humo y, tal como ocurrió en una o dos ocasiones, bombas de gasolina.

El lanzamiento de objetos se efectúa por regla general dentro del estadio, si

¹⁵ Nuestro análisis se basa en el presentado por Eric Dunning, Patrick Murphy y John Williams en «The Social Roots of Football Hooligan Violence», *Leisure Studies*, vol. 1, núm. 2, 1982, págs. 139-156. Véase también «If You Think You're Hard Enough», *New Society*, 27 de agosto de 1981, y *Hooligans Abroad: the Behaviour and Control of English Fans at Football Matches in Continental Europe*, Londres, 1984. Véase asimismo el capítulo IX de este volumen.

bien no es desconocido fuera de él, sobre todo cuando una densa presencia policial impide a los grupos de aficionados rivales entrar en contacto directo. A consecuencia de la política oficial de separar a los hinchas contrarios —una medida adoptada a fines de los años sesenta para contrarrestar la violencia en el fútbol, pero uno de cuyos efectos principales ha sido desplazar el fenómeno y aumentar su incidencia fuera de los estadios—, hoy el combate cuerpo a cuerpo es relativamente raro en las gradas, si bien todavía algunos hinchas, en grupos pequeños y no llevando insignias ni prendas que los identifiquen, logran infiltrarse en el territorio de sus rivales con objeto de provocar las hostilidades. Haber participado con éxito en una «invasión» confiere gran prestigio dentro de los círculos de aficionados al fútbol. Lo más común sin embargo hoy en día es que los enfrentamientos tengan lugar bien antes del partido, por ejemplo en los bares o en las zonas céntricas de la ciudad, o bien después de éste, cuando la policía intenta conducir a los hinchas del equipo visitante hacia la estación de autobús o de ferrocarril. Entonces es cuando suelen ocurrir las confrontaciones a mayor escala. Éstas suelen iniciarse con una «corrida», es decir con unos doscientos o trescientos adolescentes y jóvenes que se adueñan de la calle buscando una brecha en las barreras de la policía que les permita entrar en contacto con el «enemigo». Cuando consiguen zafarse del control policial —los que llamaríamos hinchas «empedernidos» utilizan complicadas estrategias con tal de lograr este objetivo—, lo que tiene lugar es, típicamente, una serie de escaramuzas sobre una extensión bastante grande de terreno y en cada una de las cuales participan hasta veinte o treinta jóvenes aproximadamente. También estallan peleas cuando los aficionados rivales coinciden por casualidad en algún sitio, como en los vagones del metro o en cafeterías de la carretera. Y además, tienen lugar a veces *dentro* de los propios grupos de aficionados, cuando se componen, por ejemplo, de participantes procedentes de barriadas o puntos distintos de una misma localidad. Tampoco son desconocidos los «grupos de choque». Por ejemplo, varios clubes de Londres se congregan a veces en Euston o en alguna otra terminal de ferrocarril de la capital para atacar conjuntamente a los seguidores de otros equipos que viajan a Londres procedentes del norte.

Durante el partido, los grupos rivales prestan tanta o más atención los unos a los otros como al juego en sí mismo, pues cantan, gritan consignas y gesticulan todo el tiempo para manifestar su oposición. Sus cantos y gritos expresan recurrentemente desafíos a pelear y amenazas de violencia. Cada grupo en particular tiende a tener su propio repertorio de canciones y consignas, pero muchas de ellas son variaciones locales sobre un fondo común de temas. En este

aspecto, como Jacobson ha mostrado¹⁶, es esencial el hecho de que las letras de estos cantos van remachadas con palabras como «odiar», «morir», «pelear», «patear» y «rendirse», todas las cuales transmiten imágenes relacionadas con batalla y conquista. He aquí dos ejemplos, citados por Jacobson, del repertorio de los hinchas del Chelsea:

(Canción según la música de *Those were the days, my friend* [«Aquéllos fueron los días, amigo mío», pero conocida en español como «Qué tiempo tan feliz»].)

We are the Shed¹⁷, my friends,
 We took the Stretford End¹⁸.
 We'll sing and dance and do it all again.
 We live the life we choose,
 We fight and never lose.
 For we are the Shed,
 Oh Yes! We are the Shed*.

(Canción a ritmo de *I was born under a wandering star* [«Nací bajo una estrella errante»])

I was born under the Chelsea Shed.
 Boots are made for kicking,
 Guns are made to shoot.
 Come up to the Chelsea Shed
 And we'll all lay in the boot*.

Aparte de la violencia, la de-masculinización simbólica de los hinchas rivales es otro tema recurrente en este tipo de canciones, como cuando por ejemplo los llaman, a ellos y/o al equipo que apoyan, «señoritas» o «castrados», acompañando todos en masa sus palabras con el gesto representativo del acto masturbador masculino. Otro tema aún es la degradación de la comunidad a la que

¹⁶ Simon Jacobson, «Chelsea Rule - OK», *New Society*, 1975, vol. 31, págs. 780-783.

¹⁷ El *Shed* es una franja de gradas cubiertas en Stamford Bridge, el estadio del Chelsea F. C.

¹⁸ El *Stretford End* es el sector de gradas tras una de las porterías del Old Trafford, el campo de fútbol del Manchester United. Los aficionados que ocuparon estos lugares (*Stretford-enders*) fueron famosos por sus hazañas de violencia a principios y mediados de los años setenta.

* [Somos el Shed, amigos míos, / Nos adueñamos del Stretford End. / Cantaremos y bailaremos y lo haremos todo otra vez. / Vivimos la vida que escogemos, / Peleamos y nunca perdemos. / Porque somos el Shed, / ¡Oh, sí! Somos el Shed.]

* [Nací bajo el Chelsea Shed. / Las botas están hechas para patear, / las pistolas para disparar. / Subid al Chelsea Shed / Y os daremos una buena ración de patadas.]

pertenecen los contrarios, como por ejemplo en la siguiente canción, entonada al ritmo de *In my Liverpool home* [En Liverpool, mi hogar]:

In their Highbury slums,
They look in the dustbin for some thing to eat,
They find a dead cat and they think it's a treat,
In their Highbury slums*.

Como puede verse por lo descrito, al menos una parte significativa de los aficionados que se hacen merecedores del membrete de *hooligan* parecen estar tanto o más interesados en la lucha que en presenciar un partido de fútbol. Para ellos, el juego consiste primordialmente en la expresión de su machismo, ya sea con los hechos, derrotando a sus rivales y haciéndoles huir, ya simbólicamente, vía las canciones y lemas que entonan.

De éste y del anterior capítulo se desprende claramente que un componente básico de la violencia en el contexto del fútbol es la expresión de una determinada identidad masculina, de lo que podríamos denominar un «estilo masculino violento». Las pruebas de que disponemos actualmente inducen a pensar que la mayoría de los hinchas irrevocablemente violentos proceden de los estratos socioeconómicos más deprimidos de la clase obrera, y parece razonable suponer que este estilo masculino violento es el resultado de factores estructurales muy concretos de las comunidades de clase obrera baja. Para describir tales comunidades, Gerald Suttles ha acuñado el término «segmentación ordenada» y les ha atribuido como una de sus características dominantes la existencia de los «grupos de jóvenes de igual edad y sexo» o «bandas callejeras»¹⁹. Tales grupos, según este autor, parecen «desarrollarse con toda lógica a partir de la enorme importancia que en esos sectores sociales se confiere a las diferencias de edad, la separación de los sexos, la unidad territorial y la solidaridad étnica». No obstante, señala que también se producen conflictos intra-étnicos en tales grupos y admite que la diferenciación y la solidaridad de raza son factores contingentes más que necesarios en su formación. Con otras palabras, la gradación por edad, la segregación de los sexos y la identificación territorial muestran a las claras ser los determinantes estructurales internos decisivos. En las comunidades en que éstos son los elementos centrales de la estructura social, a los jóvenes se les deja en gran medida solos y ellos tienden a agruparse en bandas, determinadas por

* [En el arrabal de Highbury / Buscan en el cubo de la basura algo que comer, / Encuentran un gato muerto y para ellos es un festín, / En el arrabal de Highbury.]

¹⁹ Gerald D. Suttles, *The Social Order of the Slum: Ethnicity and Territory in the Inner City*, Chicago, 1968.

una parte, por lazos de parentesco y proximidad física como vecinos de residencia y, por la otra, por la amenaza que para ellas representa el desarrollo de bandas paralelas en vecindades adyacentes. También tienden estas comunidades a la fragmentación interna, salvo cuando, argumenta Suttles, surge un enfrentamiento real o a nivel de rumor entre las bandas, pues en ese caso éstas pueden hacerse con la unión y la alianza de todos los varones de la comunidad.

En un desarrollo posterior de su análisis, Suttles introdujo el concepto de «la vecindad defendida», sugiriendo que es posible ver a los grupos callejeros de adolescentes formados en los barrios bajos como «bandas de vigilancia», las cuales no son sino el resultado de la «inadecuación de las instituciones formales que tienen, por orden de las autoridades, la responsabilidad de proteger las vidas y propiedades»²⁰. Ésta es una idea interesante, acorde en cierto modo con la teoría eliasiana del «proceso civilizador» y con su acento en el papel desempeñado por el control cada vez mayor del Estado en el nacimiento de normas sociales «más civilizadas». Es decir, siguiendo la teoría de Elias, incluso en las naciones-Estado urbanas e industrializadas son de esperarse niveles relativamente altos de violencia en el seno de comunidades en las que el Estado y sus agentes no se han mostrado capaces o dispuestos a ejercer un control eficaz. Permítaseme a continuación explorar cómo la estructura de tales comunidades conduce a la producción y reproducción de la «masculinidad violenta» como una de sus características dominantes.

En tanto en cuanto sus estructuras internas se acercan a la «segmentación ordenada» y en la medida en que no están sujetas a un control eficaz por parte del Estado, las comunidades de los estratos más bajos de la clase obrera tienden a generar normas que, en relación con los demás grupos sociales, toleran un nivel alto de violencia en las relaciones sociales. En correspondencia con esto, tales comunidades presionan comparativamente poco a sus miembros para que autocontrolen sus inclinaciones violentas. En esta dirección operan diversos aspectos de su estructura. Así, la libertad comparativa que los niños y adolescentes de clase obrera baja gozan con respecto al control de los adultos implica que aquéllos tiendan a interactuar de modo relativamente violento y a desarrollar jerarquías de dominio en las cuales son factores determinantes la edad y la fuerza física. Esta pauta se refuerza gracias a las normas características de los adultos dominantes en ese tipo de comunidades. A reforzarla contribuyen igualmente la segregación sexual, el dominio del hombre sobre la mujer y la consiguiente falta de presión femenina que podría «suavizar» un poco el estado de cosas. No

²⁰ Gerald D. Suttles, *The Social Construction of Communities*, Chicago, 1972.

podía ser de otro modo, pues, si para cuando alcanzan la edad madura las mujeres de estas comunidades son ya también relativamente violentas y esperan ser tratadas con violencia por sus maridos, las propensiones violentas de éstos no pueden por menos que acentuarse. Otra causa más que refuerza la violencia masculina son las frecuentes enemistades entre familias, vecinos y, sobre todo, entre las bandas callejeras. En resumen: este tipo de comunidades de los estratos bajos de la clase obrera se caracterizan por una especie de «ciclo de retroalimentación positiva» que tiende a fomentar el empleo de la violencia en prácticamente todas las relaciones sociales, sobre todo por parte de los hombres. Un efecto de este «ciclo» es que confiere prestigio a los varones que saben pelear. Y, correspondientemente, se da en ellos la tendencia a desarrollar el gusto por la lucha, a verla como una fuente básica que proporciona sentido y gratificación a sus vidas. La diferencia central en este aspecto entre las comunidades de clase obrera baja y las de sus equivalentes más «respetables» en las clases obrera media y alta resulta ser que, en las últimas, normalmente tiende a condenarse el uso de la violencia en las relaciones personales directas, mientras que en aquélla se disculpa y aun se premia por regla general. Otra diferencia es el hecho de que en las clases «respetables» se tiende a desplazar a la violencia «tras bambalinas» y, cuando estalla de todos modos, tiende a adoptar una forma más «instrumental» y a suscitar sentimientos de culpa. Por el contrario, en las comunidades «rudas» de la clase obrera suele darse más rienda suelta a la violencia en público y ésta, como contrapeso, adopta una forma «expresiva» o «afectiva». Por esa razón tiende a asociarse, en mayor medida que la otra, con sentimientos agradables.

Es razonable suponer que el «estilo masculino violento» generado de este modo en los sectores «rudos» de la clase obrera sea el que se manifiesta principalmente en los combates que tienen lugar entre los aficionados en el contexto del fútbol. Es decir, los testimonios actualmente existentes apuntan a que son los adolescentes y jóvenes pertenecientes a este sector de la clase obrera los que constituyen el núcleo principal de quienes constantemente incurren en las acciones más violentas que tienen lugar en el contexto del fútbol. Por supuesto que no es el fútbol el único cauce de expresión de este estilo. No obstante, en muchos aspectos resulta un escenario altamente apropiado, debido a que los partidos de fútbol son en sí mismos batallas cuyo contenido principal es la expresión de la masculinidad, aunque sea de un modo socialmente aprobado y controlado. También el equipo de fútbol proporciona a los adolescentes y adultos jóvenes de la clase obrera un símbolo con el que todos se identifican, hasta el punto de que llegan a considerar el estadio, más concretamente las gradas que

siempre ocupan, como su «terreno» propio. Al mismo tiempo, el fútbol lleva regularmente a su territorio a un «enemigo» fácilmente identificable: los seguidores del equipo contrario, que son vistos como «invasores». Para terminar, la enorme asistencia de personas a los partidos ofrece el marco idóneo para participar en lo que oficialmente son actos «antisociales» con relativa impunidad y de modo más o menos anónimo, sin contar con que la nutrida presencia de policías añade la emoción que produce enfrentarse periódicamente con los agentes de la ley.

He llegado ahora a un punto en el que creo poder ofrecer algunas observaciones a modo de conclusión.

CONCLUSIÓN

En el presente ensayo, he indicado la posibilidad de rastrear los orígenes de algunos «deportes de combate» modernos en una serie de juegos tradicionales populares cuya violencia trasluce su arraigo en una sociedad que era más violenta y por consiguiente más patriarcal que la nuestra. Remonté luego la incipiente modernización de estos deportes hasta las escuelas privadas, dando a entender que los cambios «civilizadores» ocurridos a este respecto eran sintomáticos de un conjunto más amplio de mutaciones que, entre otros efectos, aumentaron el poder de las mujeres en relación con el de los hombres. Algunos de éstos respondieron a la nueva situación de cambio en la balanza de poder haciendo de los clubes de rugby —que no eran naturalmente los únicos enclaves creados para tal propósito— cotos exclusivamente masculinos en los que los varones podían simbólicamente escarnecer, cosificar y vilipendiar a las mujeres, las cuales, ahora más que nunca, representaban una amenaza para su posición y su autoimagen. La progresiva emancipación de las mujeres ha erosionado de manera importante este aspecto de la «subcultura» del rugby. Por último, he examinado la contradicción que para mi tesis supone aparentemente el fenómeno de la violencia desahogada por parte de los aficionados al fútbol, y he apuntado que una de sus características principales es el «estilo masculino violento» producido y reproducido estructuralmente en determinados sectores de la clase obrera baja. En sí misma, no constituye una contradicción a mi tesis pero sí revela tanto la irregularidad con que han ocurrido el proceso «civilizador» y el de formación del Estado como el hecho de que en la Gran Bretaña actual aún existen sectores de la estructura social que continúan generando una agresividad machista más o menos extrema.

Una diferencia capital entre el machismo expresado, por una parte, en la violencia del fútbol y, de forma más general, en el estilo violento de los hombres «rudos» de la clase obrera y, por la otra, el que se muestra en el rugby, consiste en el hecho de que los jugadores de este deporte tienden a canalizar su violencia y su rudeza física en el propio juego, socialmente aprobado, en tanto que para los obreros la violencia tiende a ser una parte más de sus vidas. Merece asimismo señalarse que, mientras los jugadores de rugby —cuando la subcultura de su coto masculino se hallaba en su punto más álgido— tendían a burlarse de las mujeres, a cosificarlas y escarnecerlas *simbólicamente* por medio de rituales y canciones, las mujeres no figuran en los cantos de los hinchas futboleros en absoluto. Tal vez esto sea una prueba de que en los sectores más bajos de la clase obrera ellas gozan de menos poder y, por tanto, representan una amenaza también menor para los hombres de esas comunidades.

Es probable que la deducción más importante derivada del presente análisis sea el hecho de que, en lo que respecta a la producción y reproducción de la identidad masculina, el deporte sólo tiene una importancia secundaria. Mucho más significativas en este aspecto son, al parecer, las características estructurales de la sociedad en general que afectan al reparto proporcional de poder entre los sexos y al grado de separación entre ellos existente en la necesaria interdependencia de hombres y mujeres. Todo lo que puede decirse del deporte a este respecto es que desempeña un papel secundario, de refuerzo. Pese a lo cual, contribuye sin embargo decisivamente al sostenimiento de formas más moderadas y controladas de agresividad machista, en una sociedad donde son escasas las ocupaciones laborales que, como en el ejército y la policía, ofrecen con frecuencia oportunidades para pelear, y donde el desarrollo tecnológico se ha orientado por completo durante largo tiempo a reducir la necesidad de la fuerza física. Naturalmente que, en tanto la socialización de las mujeres las haga sentirse atraídas por los hombres machistas, los deportes, los deportes de combate sobre todo, contribuirán de forma relativamente importante a la perpetuación tanto del machismo como de la dependencia de las mujeres derivada de él. Probablemente sea ocioso especular acerca de si los deportes de combate continuarían existiendo en una sociedad más «civilizada» que la nuestra. Una cosa sin embargo es relativamente segura: que aun cuando el avance hacia la igualdad tienda a fomentar los conflictos a corto y medio plazo, dicha sociedad terminaría por fuerza siendo más igualitaria, con un grado de igualdad entre los sexos, las clases y las «razas» muy superior al logrado hasta el momento.